

021 NSC (471)

Propiedad de Juan
y Pepita Cortes
Badalona Iris 26

EB



LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 471

25 CTS.



**El cura
de aldea**

POR
**Elisa Ruiz
Romero**

FilmoTeca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN:
Francisco-Mario Bistagne

Pasaje de la Paz, 10 bis
TELÉFONO 18551

Año IX

BARCELONA

N.º 471

El cura de aldea

Cinedrama basado en la célebre novela
del popular escritor

Enrique Pérez Escrich

Versión cinematográfica de

Carlos de Arpe y Florián Rey

Intérprete principal: **Elisa Ruiz Romero**



Distribución

Para Cataluña, Aragón y Baleares:

Jaime Costa

Consejo de Ciento, 317, pral.

Barcelona

Con esta novela se regala la postal-fotografía de

FRANK RICHARDSON

El cura de aldea

Argumento de la película

I

El padre Juan, cura de la aldea de Carrascal, era muy pobre y como tal amaba a los pobres.

Ahora estaba a la puerta de su humilde casa. Era la hora de comer y en la mesa había tres platos, uno para el cura y los otros dos para los dos primeros pobres que pasaran. Siempre hacía lo mismo. Compartía con los pobres el plato de sopa y el pedazo de pan que se comía.

Al ver que nadie llegaba a demandar su caridad, se dispuso a comer él, pero en este momento oyó una voz que le decía:

—Ahí va eso, padre Juan. Para sus pobres.
Y le arrojó una bolsa repleta de dinero.

Era Gaspar, el hacendado más rico de la comarca. Iba a caballo y lo montaba con gran gallardía.

—Gracias, Gaspar. ¿A qué viene esto?

—Viene a que es mi cumpleaños y quiero que se repique en gordo.



—Para sus pobres.

—¿Cuántos cumplés?

—Muchos, padre Juan. Trabajando se me pasó la juventud.

—No ha pasado del todo, Gaspar. Todavía estás joven para casarte, que es lo que debías hacer.

—¡Nunca me casaré! Y es inútil que usted insista en ello, padre Juan.

Y picó espuelas al caballo.

Al pasar por una de las callejas de la aldea, vió que a la puerta de su casita, humilde, pero limpia y bien arreglada, estaba Angela, la costurera que se había quedado huérfana hacía mucho tiempo y se ganaba la vida con sus bordados y con sus labores, para lo cual tenía unás manos de oro.

Angela era una moza muy arrogante y bella y Gaspar, aunque se había empeñado en permanecer soltero, solía hacer pasar por allí a su caballo.

—¿Qué haces, Angela?—le preguntó.

—Camisas para un comercio de Salamanca. Lo de siempre.

—Y trabajo que haya. Si alguna felicidad existe en el mundo, esa felicidad es la de tener la conciencia limpia y recordar siempre que no se ha faltado un solo día al trabajo.

Volvió a picar espuelas al caballo y llegó a su casa, hermosa finca que extendía sus dominios hasta mucho más allá de la valla que rodeaba el jardín.

Allí estaba, esperándole, Nemesio, su criado de confianza.

Gaspar era rápido y enérgico en sus decisiones. Por eso dijo a su criado:

—Oye, Nemesio. Angela, la costurera, es pobre, ¿verdad?

—Sí, muy pobre.

—Pues, vas a encargarle para mí doce docenas de camisas bordadas.

—¿Doce docenas? ¿Va a poner usted una camisería?

—Y dile, además, que desde hoy no trabajará más que para mí.

—Lo dicho: va usted a poner un almacén de camisería.

—Y dile también...

—Basta de explicaciones, mi amo. Bien sé lo que tengo que decirle.

En efecto, le dijo lo que el amo quería que le dijera, y como consecuencia de ello, al mes siguiente se casaron con toda pompa Gaspar y Angela.

Fué la boda más sonada que hubo en todos los tiempos en aquellos contornos.

* * *

Algunos meses después de la boda de Angela y Gaspar, vino a turbar la paz de la aldea las hazañas de un bandolero conocido por el nombre de "El señorito de Salamanca".

El alcalde publicó un bando incitando a los vecinos de Carrascal a defenderse por sí mismos de los ataques del foragido y autorizando a todo el pueblo a hacer uso de sus escopetas y a disparar contra "El señorito de Salamanca", pues sobre su muerte no se pediría cuenta a nadie.

Gaspar fué el primero en tomar la determinación de exponer su vida quitando de en medio

al bandido, y reunió a sus amigos del pueblo, invitándoles a reunirse por la noche para hacer una investigación por los contornos.

Así lo acordaron y cuando las sombras nocturnas se cernían sobre las montañas, Gaspar se despidió de Angela para reunirse con sus amigos, después de haber limpiado bien la escopeta y de echársela al hombro.

Angela no quería dejarle marchar.

—Tengo miedo, Gaspar. No me dejes sola.

Y había un inmenso temblor en su voz y en toda ella cuando decía esto.

—Nada temas. Acuéstate y duerme tranquila. Vamos a formar un cordón alrededor de la aldea y al bandido le será imposible pasar sin tener que vérselas antes con nuestras escopetas.

Y Gaspar fué a reunirse con sus amigos, que ya le estaban esperando, cada cual con su escopeta al hombro y todos juntos se fueron a través de las callejas oscuras.

Angela se quedó rezando.

De pronto oyó un ruido a sus espaldas y al volverse vió con horror que allí estaba el bandido.

Había saltado por la ventana y la miraba fijamente.

Angela fué a lanzar un grito en demanda de socorro; pero entonces el bandido se quitó el pañuelo que cubría su rostro y el asombro de Angela fué tan grande, que ni siquiera pudo gritar.

—¡Eres tú!

—Sí, yo soy “El señorito de Salamanca”.

—Vete, vete... Me horroriza el verte así.

—Dame dinero. Necesito mucho dinero para irme muy lejos. No te inquietes. Dentro de pocas horas, “El señorito de Salamanca” se irá para siempre de esta aldea. No podía imaginarme que aquí vivieras tú.

Obtenido lo que pedía, volvió a saltar por la ventana; pero esta vez no lo hizo impunemente, pues Gaspar, que andaba cerca, le vió.

Una nube de ira y desesperación veló sus ojos y mil pensamientos pasaron en un segundo por su mente.

“El señorito de Salamanca” era el amante de Angela. En esto venían a parar todos sus pensamientos.

Se ocultó en un macizo del jardín, y cuando el bandido fué a saltar la tapia, disparó contra él, atravesándole de un balazo el corazón.

Angela, que estaba en la ventana viéndole marchar, lanzó un grito al oír el disparo y ver que “El señorito de Salamanca” rodaba por el suelo.

Salió de la casa apresuradamente y cayó de rodillas junto al moribundo.

—¡Hermano mío!—exclamó.

—Calla—repuso el bandido trabajosamente.—No digas que soy tu hermano. Eso te desacreditaría y haría la desgracia de tu hogar. Júrame por nuestra madre que nadie sabrá que eres hermana de “El señorito de Salamanca”. ¡Júramelo!

Juró Angela, y “El señorito de Salamanca” cerró sus ojos para no volverlos a abrir.

* * *

Desde su escondrijo, Gaspar había sido testigo de esta escena; pero estaba lo bastante lejos para no oír las palabras del moribundo, por lo que aquello sólo sirvió para ratificarle en sus sospechas de que el bandido era el amante de su mujer.

Al verle, Angela se dirigió hacia él y exclamó en tono desesperado:

—¿Has sido tú, has sido tú quien lo ha matado?

—¡Calla, miserable! — fué la respuesta de Gaspar—. Para que tu villana acción no manche mi nombre, te exijo que nadie sepa que en la persona de “El señorito de Salamanca” he matado a tu amante.

Y después llamó a voces a sus compañeros, para darles la noticia de que había matado al terror de la comarca.

II

En la noche fría de enero, un hombre embozado depositó un niño recién nacido a la puerta de la casa del padre Juan e hizo sonar la campanilla, desapareciendo en la oscuridad rápidamente,

Cuando el padre Juan recogió al niño, vió que en sus ropitas llevaba una carta que decía así:

El destino me obliga a confiar este niño a la caridad de usted. Entre las ropas lleva una sortija como señal para reconocerle.

En efecto, entre las ropitas del niño hallaron la anunciada sortija y el padre Juan la guardó, en espera de que aquellos deditos crecieran lo suficiente para llevarla.

El hogar desdichado de Gaspar también recibió el envío de un ángel, de un hijo que aumentó el dolor de aquel corazón rudo y noble que encerraba el pecho del rico hacendado.

Para Angela fué aquel envío un gran consuelo, un rayito de luz en las muchas tinieblas de su vida.

Pero poco pudo durarle este consuelo. Las penas la vencieron y un día se presentó el criado de Gaspar en casa del padre cura, con la noticia de que su ama estaba muy mala y necesitaba el auxilio de su ministerio.

Le faltó el tiempo al padre cura para acudir a la llamada, y Angela, tras depositar en su mano un beso, extrajo de debajo de la almohada una carta en cuyo sobre cerrado se leía:

Esta carta será entregada a Gaspar sólo en el caso de que los azares de la vida le coloquen frente a su hijo en situación de suprema gravedad y amenacen romperse los lazos que les unen.

Y, después de recibir los santos auxilios, Angela murió, como si su misión en la vida hubiera concluído con la entrega de aquella carta.

* * *

Pasó el tiempo y Diego, el hijo de Gaspar, se convirtió en un mozo de veinte años. En cuanto a Gaspar, también el tiempo había dejado en su rostro y en su cuerpo profundas huellas. Su cabello estaba blanco y grandes arrugas surcaban sus mejillas, si bien seguía conservando la energía y la rudeza de sus años mozos.

Criado en la mayor indiferencia por parte de su padre, el carácter de Diego era violento y voluntarioso. Acababa de recibir de Salamanca una carta de un amigo que le invitaba a ir a la ciudad y le recomendaba le sacara a su padre todo lo que pudiera y en el acto determinó obedecer a su amigo.

Los dos estaban en el jardín y Diego se dirigió a su padre y le dijo imperativamente:

—Necesito ir a Salamanca.

—No quiero dar el consentimiento para ese viaje.

—Pues, con consentimiento o sin él, iré.

Ante el desplante, Gaspar se levantó y golpeó a su hijo con la vara de montar, la cual llevaba siempre consigo.

—El que come el pan de mi casa, tiene el deber de obedecerme—dijo, con voz trémula de cólera.

Diego se llevó la mano a la parte dolorida y replicó:

—No me extraña que me hable como hablaría a un criado. Para usted, nunca he sido un hijo.

Y volvió la espalda a su padre, dejándole sumido en reflexiones abrumadoras. ¿Acaso no tenía razón Diego? Pero, ¿acaso podía tratar él como a un hijo a una persona que no estaba seguro de que lo fuera y que constantemente le recordaba la traición de su esposa?

* * *

También había crecido Roque, el niño que una mano misteriosa dejara una noche de enero a la puerta de la casa del cura.

Pero Roque era todo lo contrario de Diego. El ímpetu y la rebeldía de éste era en aquél dulzura y sumisión. El hecho de haberlos comparado está justificado sobradamente. Roque y Diego eran rivales en amor. Los dos amaban a María, sobrina del cura, que el padre Juan había recogido al quedar huérfana y que era la muchacha más linda del pueblo.

Dado el carácter de Roque, éste era naturalmente el que llevaba las de perder. Su timidez y la intensidad de su amor se aliaban para impedirle declarar a María, la cual le quería como a un hermano, de qué clase era su cariño hacia ella.

Diego, en cambio, no se había andado con dilaciones para decir a María que la amaba, y

era lo cierto que ella le correspondía, aunque se empeñaba en ocultarlo.

Después de la violenta escena que tuvo con su padre, fué Diego a visitar a María para anunciarle su proyecto de marchar a Salamanca.

—¿Y qué vas a hacer allí?

—Eso no importa. Lo que quiero, es no vivir bajo el mismo techo de mi padre. Sólo una cosa podría detenerme, pero tú te empeñas en que no me detenga.

Comprendiendo lo que Diego quería decir, repuso María:

—Yo repito lo que ya te he dicho tantas veces. Cuando seas un hombre de provecho, ven a mí y me encontrarás.

—Ya lo ves. Nada me ata a este pueblo.

María, de haberse dejado llevar por sus sentimientos, habría pronunciado la palabra precisa para que Diego se quedara; pero la razón se impuso a todo lo demás y calló.

Diego regresó a su casa, forzó el arca donde su padre guardaba el dinero y se llevó todo cuanto allí había.

Al galope tendido de su caballo, le vió María partir. Para ello había subido con el paciente Roque a la torre de la iglesia.

III

En la ciudad, pronto halló el carácter impetuoso de Diego su merecido.

Comenzó a frecuentar las salas de juego y un día provocó una contienda, de la que resultó malherido.

Y por si esto era poco, antes de salir del hospital recibió aviso de incorporarse a filas, y poco después el anuncio de que en el sorteo le había tocado ir a Africa.

Entretanto, el padre Juan trataba de convencer a Gaspar de que perdonara a su hijo.

Pero Gaspar respondía siempre con la misma intransigencia:

—He dicho que mi hijo ha muerto para mí y repito que no quiero oír hablar de él.

—¿Es decir, que le abandonas?...

—Cuando el árbol se tuerce...

—Cuando el árbol se tuerce, el labrador procura enderezarlo.

—Ya es tarde para eso.

—Nunca es tarde cuando la fe mora en el corazón del hombre.

—Pues bien, suponga usted que no existe esa fe en el mío, y hemos terminado.

Cuando salió Diego del hospital, su único

deseo fué volver a la aldea para ver a María antes de incorporarse a filas.

Poco antes de llegar, en el molino de la Encrucijada se encontró con un amigo que se extrañó mucho de verle por allí.

—Te aconsejo que no entres en la aldea, porque tu padre, que hace unos días fué nombrado alcalde, te acusa de robo.

—Quiero ver a María—repuso Diego—y ya sabes que cuando yo quiero una cosa, la hago.

—Está bien. Pero permíteme, cuando menos, que te acompañe.

Estaban muy cerca de la casa del cura cuando oyeron la música de una rondalla y vieron un grupo de tocadores de guitarra y bandurria que se acercaba a la casa del padre Juan.

—Como hoy es día de San Juan, esa gente viene a felicitar al padre cura—explicó el amigo.

—¡Malditos sean!...

—Hay que tener paciencia y esperar.

—¿Esperar? Ahora verás lo que voy a hacer.

Y se dirigió al grupo, ordenándole que se fueran con la música a otra parte.

Como ellos no le hicieran caso, echó mano al revólver y todos salieron de estampía.

—Ahora no hay que perder tiempo—dijo, volviendo al lado de su amigo—. Voy a entrar.

—¿Y qué vas a decirle al padre Juan, si te lo tropiezas?

—A estas horas está en la iglesia; pero si lo veo inventaré una excusa.

Pero no entró en la casa, sino que se detuvo junto al portal, sorprendido al ver que allí, apoyado en el quicio de la puerta, estaba Roque.

—¿Has estado escuchando, eh? Entonces, ya sabes lo que quiero...

—Sí. Y por lo mismo no me moveré de aquí.

Y se puso de modo que impedía el paso por la puerta.

Diego no vaciló en recurrir a la fuerza, y una de sus manos asió el cuello de Roque, en tanto buscaba el revólver con la otra.

Gracias a que el amigo intervino a tiempo y los separó, consiguiendo de Diego que dejara aquel lugar, cuando Roque, levantándose del suelo y colocándose de nuevo en el umbral, le dijo:

—Perdóname si, cumpliendo un deber, contrarío tu voluntad.

Y cuando le vió marchar, murmuró:

—La quiere tanto como yo... Pero él, al menos, es correspondido...

* * *

Entraba el alcalde en su casa, cuando dos alguaciles le salieron al paso para darle la noticia:

—Señor alcalde, al pueblo ha llegado un individuo acusado de robo.

—¿Y cómo no lo habéis prendido?—preguntó el alcalde.

—Es que el acusado se llama Diego Núñez.

—La justicia no entiende de nombres. Conoce al delincuente por sus delitos. Detenedle.

Mientras esta escena se desarrollaba, Diego conseguía su propósito de entrar en casa del padre Juan. La primera persona que encontró allí fué al cura, lo cual le contrarió en un principio; pero después, ante la magnanimidad con que le recibió el sacerdote, se conmovió su corazón.

—Apenas soy responsable de mis actos —dijo en son de disculpa—. La indiferencia con que siempre me trató mi padre, ha dejado en mi vida una semilla de odio y amargura.

Hizo una pausa y continuó:

—No conocí a mi madre, pero sospecho que fué una mártir... En fin, culpable o no, hoy saldré a cumplir mis deberes militares en Africa, sin llevar en mi despedida una frase cariñosa de mi padre.

—Eso es una locura—dijo el padre Juan—. Yo haré que tu padre pague un hombre que vaya en tu lugar. Confía en mí, hijo mío.

—No conseguirá usted nada, padre Juan. Mi padre no me quiere.

Unos golpes dados en la puerta interrumpieron la conversación.

El padre Juan fué a abrir.

Cuando el cura abandonó la estancia, apareció María, que desde la escalera estuvo oyendo

la conversación. Empañados de lágrimas sus ojos y con las huellas de un profundo pesar en el semblante, exclamó:

—¡Diego!

Se volvió Diego y fué hacia ella trémulo de amor. Trató de consolarla.

—No llores, María. Me voy, pero tú estarás conmigo siempre.

Desde un rincón de la estancia, Roque, anonadado por el pesar, contemplaba la escena, y fué tal el sentimiento que el llanto de María le produjo, que tomó una rápida decisión.

—Tú no debes marchar, Diego—dijo, interrumpiendo el diálogo—. Las lágrimas de María son el perdón para tus locuras.

El padre Juan, al abrir la puerta, se encontró con dos alguaciles. Sabían que en aquella casa se encontraba Diego e iban a prenderle.

—Bien. Aguardad. Yo mismo os lo entregaré.

Y volvió a la estancia donde se encontraba Diego. Entró en ella a tiempo de oír las palabras pronunciadas por Roque, el cual, al ver al cura, manifestó:

—Hora es ya, padre Juan, de que sepa que María y Diego se quieren... Si usted consiente en que se casen, Diego se quedará en la aldea. Yo tengo ganas de servir al Rey y aprovecho esta ocasión para cumplir mis deseos, al mismo tiempo que hago un favor a Diego.

Todos enmudecieron de admiración al conocer el sacrificio que Roque estaba dispuesto a hacer.

El padre Juan fué el primero en romper el silencio.

—Diego, ahí fuera te esperan dos hombres para conducirte a presencia de tu padre.

Salió Diego y se puso a disposición de los alguaciles, encaminándose los tres a la alcaidía.

Quedaron solos el padre Juan y Roque. María se había retirado a su habitación, confortada por la esperanza de no separarse de Diego.

—Es necesario que me expliques—dijo el cura— el motivo de tu decisión.

—Los motivos son los que ya ha oído, padre Juan.

—¡Mientes!—exclamó el cura—. Es otra causa la que te decide a abandonarme.

Roque, con la cabeza baja y la mirada fija en el suelo, callaba. La congoja le impedía hablar.

—Tu decisión de abandonarme—continuó el padre Juan—, sé a qué obedece. ¿No es acaso que la felicidad de María y Diego es para ti motivo de tormento?

Asintió Roque con un movimiento de cabeza, y, sin poderse contener por más tiempo, dió rienda suelta a su desesperación, derramando abundantes lágrimas.

—Entonces, hijo mío... vete.

Y Roque se arrodilló y besó la mano al padre Juan.

IV

Dos días después partía Roque a cumplir el sacrificio que se había impuesto.

El padre Juan lo acompañó hasta el límite de la aldea.

Un mozo aguardaba allí al cura y a Roque, sujetando las riendas de un caballo.

—Con este caballo irás a Salamanca—dijo el cura—. Una vez allí, puedes dejarlo en la venta del patio. A María la he alejado para evitarte el dolor de la despedida... Ahora, toma esta sortija. Guárdala bien, pues es la única prueba de tu existencia. La encontré entre tus ropitas de niño cuando fuiste abandonado en la puerta de mi casa.

Subió al caballo y partió al galope sin más consuelo ni compañía que la bendición del padre Juan.

También aquel día salía Diego de la prisión.

Su padre le llamó para decirle:

—He renunciado a la acción de la justicia y quedas en libertad; pero, desde este momento, estás desheredado por mí y libre de mi tutela.

Algo quiso contestar Diego; pero su padre dió media vuelta y lo dejó plantado, alejándose sin volver la cabeza.

* * *

El padre Juan llamó a su sobrina y le dijo:
—María, soy muy viejo ya y no está lejos la



Y Roque se arrodilló y besó la mano al padre Juan.

hora de mi muerte. Guarda esta carta y cumple en mi lugar lo que el sobre dice.

Cogió María la carta y leyó en el sobre:

Esta carta será entregada a Gaspar, únicamente en el caso de que los azares de la vida le pongan frente a su hijo en trance de suma gravedad, amenazando destruir el lazo que los une.

Cuando lo hubo leído se lo devolvió al cura y éste lo introdujo en un libro que guardó en la estantería.

Todo el día estuvo la joven pensando en la carta y en lo que debía hacer con ella, pues consideraba que había llegado el momento de "suma gravedad" que autorizaba su entrega.

Aprovechó un momento en que el cura estaba ausente de la casa y se encaminó a la estantería. Extrajo el libro y de él la carta, guardándosela en el pecho.

Había tomado una resolución y la puso en práctica en seguida.

Salió de la casa, atravesó unas callejuelas y se encontró frente a la morada del alcalde.

Abrió decidida la puerta y entró en la casa. Desde el recibimiento vió a don Gaspar sentado en una mesa de la habitación del fondo y se encaminó hacia él.

—He venido—dijo María—a hablar con usted reservadamente. Su hijo está arrepentido de haberle ofendido y le pide perdón.

A los signos negativos que don Gaspar hiciera con la cabeza, replicó María:

—¿Es que nunca encontrará perdón de su padre?

Y como don Gaspar siguiera negando, María le entregó la carta.

El alcalde leyó el sobre y, abriéndolo con visible inquietud, se enteró del contenido de la carta:

Querido Gaspar: El hombre a quien diste muerte, era mi hermano. Guardé el secreto para evitarte la vergüenza y cumplir la última voluntad de él.

Quiera Dios que no sea tarde para disipar tu horrible sospecha.

Angela

El rostro de don Gaspar se inmutó visiblemente. Abatió la cabeza sobre el pecho y ocultó los ojos en las manos, al mismo tiempo que exclamaba:

—¡Miserable de mí! ¿Cómo deshacer el mal que he hecho?

Y después de una pausa añadió, dirigiéndose a María:

—No es Diego quien necesita el perdón. Soy yo que obré mal. Hoy mismo voy a implorar de él su clemencia.

* * *

Aquel día, el padre Juan buscaba los lugares solitarios, abrumado por negros presentimientos.

Se hallaba en la colina cuando vió aparecer a Gaspar acompañado de Diego y de María.

Los jóvenes se separaron y Gaspar fué en busca del padre cura.

—Vamos, padre Juan. Alegre esa cara. Ya es hora de hablar de la boda de los chicos.

—No, Gaspar—repuso el padre Juan—. No olvides que Roque se sacrificó por Diego. Mientras él esté ausente, ni tú ni yo podemos hablar de esa boda.

—Tiene usted razón. Ahora que yo soy feliz, me había olvidado de los que sufren por mi causa.

Y la boda quedó indefinidamente suspendida.

* * *

Entretanto, allá en Africa, Roque se había prestado voluntariamente a servir en un "blocao" que llamaban "de la muerte", por las muchas víctimas que costaba.

También él cayó herido por las balas moras e ingresó en el hospital, donde ocurrió algo que cambió el rumbo de su vida.

El hospital era visitado con frecuencia por un millonario llamado don Alfonso de la Riva, el cual hacía mucho bien con sus dádivas entre los heridos pobres, y al ver la sortija que no se había separado del dedo de Roque desde que saliera de la aldea, recordó una noche de enero en que él depositó a su hijo, para evitarle los sufrimientos de la miseria, en la puerta de la casa de un sacerdote, el párroco de Carrascal.

—¿De dónde es este soldado?

—De un pueblecito de Salamanca—contestó el médico.

Y don Alfonso se arrojó sobre el lecho y se abrazó a su hijo, en tanto exclamaba con voz anegada por el llanto:



También él cayó herido por las balas moras.

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío!

Cuando se curó, comenzó para Roque una vida muy distinta a la que llevaba en la aldea.

Ahora estaba en el palacio que su padre tenía en una ciudad andaluza y poseía todo cuanto un ser codicioso puede desear. Pero como Roque no tenía este defecto, tal abundancia no le satisfacía lo más mínimo.

Una vecina, Fany, se enamoró de él; pero no pudo hallar correspondencia, porque la vida entera de Roque seguía dependiendo de María.

Lo único que aquel mártir obtuvo como consecuencia del amor de Fany, fué batirse con el novio de ésta, el cual llegó a sentir verdaderos celos, y con razón. En la mañana del desafío, una dama que llevaba el rostro cubierto, para evitar las murmuraciones de los criados, se presentó en la casa de Roque.

Resultó ser Fany, la cual le dijo que “a pesar de todo y por encima de todo le seguía amando”, y Roque disparó al aire y se las arregló de modo que Fany y su novio hicieran las paces.

Por fin, incapaz de soportar aquella vida, contraria a su temperamento, manifestó a su padre:

—Padre, es muy doloroso para mí el tener que hacerle esta confesión, pero sólo en la vida conventual hallaré la paz y el consuelo que necesito.

—¿Me quieres abandonar, después de lo que me ha costado encontrarte?

—Compréndalo, padre. Es superior a mi voluntad.

—Siendo así, sigue el mandato de tu vocación.

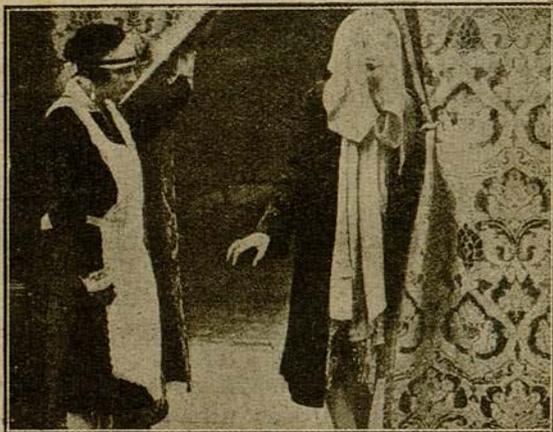
Y Roque ingresó en un convento.

Pero tampoco allí encontró Roque el recogimiento que necesitaba su espíritu. El recuerdo

de María le perturbaba hasta en el momento de la oración.

Fué a pedir consejo al prior, y éste le dijo:

—Preciso será que salgas al mundo y vivas de limosna. Si dentro de un año te sientes



...una dama con el rostro cubierto...

dispuesto a volver, serás bien recibido. Si no, hágase la voluntad de Dios.

Y, cumpliendo la penitencia, salió Roque del convento y pasaron muchos meses sin que se supiera nada de él.

* * *

Entretanto, allá en la aldea, la vida del padre Juan iba apagándose por momentos. Un día, después de dar a sus alumnos la lección de



Un día, después de dar a sus alumnos la lección de doctrina...

doctrina, se acostó y desde entonces guardaba cama y el mal había ido agravándose hasta llegar a la desesperación.

Aquel día, como siempre, Gaspar, Diego y

María acompañaban al padre Juan, el cual no cesaba de repetir:

—Dios no puede permitir que muera sin el consuelo de ver a mi pobre Roque.

De pronto, al asomarse casualmente a la puerta de la casa, vió Diego algo que le llamó profundamente la atención.

En la cruz de la cercana colina había un monje rezando, y ese monje...

—¡Sí, sí! ¡Es él!—exclamó Diego, corriendo hacia Roque.

Le llamó desde lejos y los dos se precipitaron el uno en brazos del otro.

—Llegas a tiempo, hermano. El padre Juan se muere y anhela despedirse de ti.

Fué a dar la noticia, en tanto Roque esperaba a la puerta, y don Gaspar fué el encargado de transmitírsela al cura, en tanto María, sobre cogida de gozo, permanecía inmóvil en un rincón.

—Padre Juan—dijo don Gaspar al enfermo—, prepárese para recibir una gran alegría...

No tuvo que decir más para que el cura exclamara, con los ojos empañados de lágrimas de júbilo y de emoción:

—¡Es mi Roque! ¡Es que mi Roque ha llegado! ¡Le esperaba! ¡Le esperaba!

—¡Padre Juan!

Fué como un grito de triunfo éste que Roque lanzara desde el umbral para correr después hasta el lecho y dejarse caer a su lado, besando la rugosa y querida mano de aquel hombre

santo que tantos sacrificios había hecho por él.

—Ahora, ahora sí que moriré tranquilo—dijo el sacerdote, con voz que ya se iba extinguiendo poco a poco.

Y añadió, haciendo un esfuerzo:

—Oye, hijo mío. Anhelaba este momento para poder hacerte una pregunta. Dime, ¿la amas todavía?

No necesitó pronunciar el nombre, para que Roque comprendiera y contestara:

—En mi corazón, padre Juan, no queda hacia María otro sentimiento que un gran amor de hermano.

Se levantó entonces y al ver a María, se fué hacia ella y depositó un puro beso en su frente.

Después cogió a Diego de un brazo y unió su mano a la de María.

—Yo soy el primero en bendecir vuestro amor. Intervino don Gaspar:

—Renuncia a tu vida monástica y en mi casa y con mi fortuna continuarás con los pobres la obra bienhechora del padre Juan.

—Acepto, don Gaspar.

Y entonces sí que murió tranquilo aquel cura cuya memoria sería imperecedera en Carrascal.

F I N

Ha sido revisada por la Censura

Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

¡Lo mejor del cine!

Últimos éxitos:

El pagano de Tahití

Estrellas dichosas

La senda del 98

Espejismos

Evangelina

Orquídeas salvajes

El caballero

Egoísmo

La máscara del diablo

El pan nuestro de cada día

Acaba de aparecer:

¡Acontecimiento!

Vieja hidalguía

por Antonio Moreno, Mary Duncan
y Warner Baxter

¡SIEMPRE LO MEJOR!

Precio: 1 peseta

¡Novedad!

La Novela para todos

Publicación semanal de novelas
para todos. Excelentes asuntos

Precio: 30 céntimos

Formidable éxito de

La Novela EVA

Publicación semanal
de novelas modernas

Precio: 30 cts.

Éxito verdad de

La Novela Adán

Compañera de la no menos atractiva EVA
Publicación semanal

Precio: 30 céntimos

ACONTECIMIENTO:

Esta semana aparecerá la digna compañera de **La Novela Semanal Cinematográfica**, titulada

**La Novela Cinematográfica
del Hogar**

Excelentes asuntos
48 páginas de amena y sana literatura

Novedad insuperable

Postal-regalo de los mejores artistas,
en bicolor

Precio popular: 30 céntimos

¡Se admiten suscripciones
